

# Malas muertes y malos muertos. Reflexiones sobre el buen morir en el Pacífico Insular.

David Atienza

University of Guam

Antropología para momentos críticos/4. Museo Nacional de Antropología

En el año 1521, Magallanes alcanzaba las costas del archipiélago de las islas Marianas poniendo por primera vez en contacto al mundo del Pacífico insular, la Oceanía remota, con el Viejo Mundo. Más de cien años después, en 1668, el jesuita español Diego Luis de San Vitores iniciaba el primer asentamiento permanente en la isla de Guam, fundando la ciudad de San Ignacio de Agaña. Según las fuentes, entre 12.000 y 30.000 indígenas marianos, o CHamoru, habitaban esta isla, la mayor y más meridional del archipiélago. Dos generaciones después, según el censo español elaborado en el año de 1727, apenas 2.500 indígenas CHamoru caminaban sobre el archipiélago de las Marianas. Según los datos de partida, la reducción demográfica pudo alcanzar del 80% al 90% de la población autóctona. La principal causa del descenso demográfico fueron las epidemias importadas desde el Viejo Mundo: varicela, paperas, el sarampión y varias enfermedades respiratorias.

Estas muertes, prematuras y apabullantemente numerosas, tuvieron que ser asimiladas y resemantizadas dentro de un sistema ontológico indígena austronésico. Sabemos por las fuentes coloniales, relatos de viajeros y por estudios etnográficos posteriores, que las religiones indígenas de Micronesia apenas concedían importancia a dioses mayores o espíritus creadores. Su vida religiosa giraba en torno al culto a los ancestros. Pero los ancestros no nacen, sino que se hacen y su fábrica depende en gran medida, no tanto de la vida que llevaron los difuntos, sino sobre todo de cómo murieron. Por ello, los ritos de paso por antonomasia en el Pacífico insular no son los ritos de pubertad sino los funerales, es decir, los rituales que transforman al vivo en muerto y al muerto en un ancestro, y esto es común a la mayoría de las culturas austronésicas y entre algunas culturas sino-tibetanas. Además, no se muere un día y a una hora, sino que se está muriendo casi durante un año. Se muere, si es que es posible hablar de muerte en el sentido occidental, cuando los huesos se separan de la carne y la corrupción, altamente generadora, vital y activa, concluye y se confirma ritualmente la transformación del difunto en un ancestro. Mientras dura este proceso, el muerto está más vivo que nunca y es sin duda mucho más peligroso e incontrolable.

En algunas islas de Micronesia, todavía hoy, las malas muertes violentas o inesperadas producen malos muertos que difícilmente pueden ser transformados en ancestros. Díscolos y enfadados, los muertos prematuros se niegan a abandonar el mundo de los vivos y atacan a sus parientes, los hacen enfermar, los asustan en las noches oscuras, espantan los peces, pudren las raíces del taro y hasta pueden poseer a los recién nacidos o robarlos y hacerlos desaparecer en la jungla. Sólo el ritual funerario puede traer algo de paz a este espíritu desconcertado, guiarle hacia el lugar de los ancestros y evitar que encuentre el mundo de los vivos.

Hoy, el noventa por ciento de los CHamoru de las islas Marianas se declaran cristianos católicos. Los funerales en Guam se inician con una novena pública *-lisâyon matai-*, nueve días en los que se reza el rosario en la tarde y a veces también al mediodía. El

último día de la novena, el *finakpo'*, se entierra al difunto que ha estado preservado en una cámara frigorífica en la funeraria, y se concluye el ritual con otra novena en casa *-lisâyon familia-*, reservada a los familiares más cercanos. El rezo del rosario incluye frecuentemente generosos ágapes donde la familia extensa y amigos se encuentran o reencuentran, hacen duelo, se preparan para la ausencia, se reconocen, se renegocian los términos de las relaciones económicas intrafamiliares, se reivindican nuevos derechos y deberes y se reafirman lazos afectivos y sociopolíticos. También, gracias a la oración colectiva del rosario y a la intercesión de la Virgen María, se le facilita al difunto el acceso al cielo cristiano, se sacraliza de alguna manera y se evita que ronde por la tierra desorientado y se transforme en un mal muerto o acabe en el infierno.



Maqueta de canoa, *prao*. Cultura CHamoru, Guam, siglo XIX. Museo Nacional de Antropología

En los dos últimos meses, no obstante, muchas cosas han cambiado. El hecho de que la *epi-demia* sea una *pan-demia* y que Guam sea un territorio no incorporado de los Estados Unidos de América, nos ha obligado a todos a seguir medidas *pan-profilácticas*, las mismas medidas aplicadas en otros estados de EE.UU. y en otros países del mundo. Estas reglas poco o nada consideran las culturas en las que se aplican porque la ciencia, como el virus, dice no saber de etnias ni culturas, de lo cual yo discrepo. Uno de los elementos fuertemente controlados y vetados o reducidos en muchos casos han sido los funerales. Así que durante estos dos meses, ya sea el difunto víctima del virus traicionero, de un cáncer o de un accidente de tráfico, ha sido enterrado casi en la soledad más absoluta, sin sus novenas.

Es cierto para cualquier cultura que vivir y vivir bien es importante, pero también es importante, y mucho, la muerte y morir bien, pues es un evento único y personal, pero que genera graves efectos en los que se quedan, para bien o para mal. Y bien sabemos todos, aunque tratemos de ocultarlo tras un tupido velo, que a todos nos llegará la muerte tarde o temprano. Por eso, observando como viven la muerte los pueblos del Pacífico deberíamos preguntarnos si se nos ha olvidado el arte de morir, si los

occidentales hemos sabido morir bien, porque si las malas muertes producen malos muertos, hemos llenado el mundo en estos meses de espíritus cabreados.